

SOPHIA

Nº 267 SEPTIEMBRE 2011



CONTENIDO

DL B - 14022 - 1998

EDITORIAL

¿ESPIRITUALIDAD? ¿RELIGIOSIDAD?	3
DESDE LA ATALAYA, Radha Burnier	
La devoción como un camino	5
Una fraternidad que es diferente	7
EL ESPEJO DE LA VIDA, Michael Brown	9
La ciencia redefinida	10
Cambio interior	10
Creador y criatura	11
¿NOS DESPERTAMOS DESPUÉS DE LA MUERTE?'	
John Algeo	13
¿ES LA TEOSOFÍA UNA RELIGIÓN? (Parte 1)	
H. P. Blavatsky	22
VIVIR EN BENEFICIO DE LA HUMANIDAD	
Marc Vernet	27
ACTIVIDADES	28

Cubierta: Juan Carlos García. Impresión: Romanyà/Valls, S.A.

Edita: Editorial Teosófica S.L. para la Sociedad Teosófica Española.

Presidente de la Sección: Clarisa Elósegui

La Sociedad Teosófica Española sólo es responsable de las comunicaciones oficiales que aparecen en esta revista.

Las opiniones de los autores son de su propia responsabilidad.

RAMAS DE LA SOCIEDAD TEOSÓFICA ESPAÑOLA

ALICANTE helosal@hotmail.com
c. Marqués de Molins, 25 bajo, 03004 Alicante
ARJUNA stebcnarjuna@yahoo.es
c. Torrent de l'Olla, 218-220, 2º,3ª, 08012 Barcelona
BHAKTI teosofiaterrassa@ll-egara.cat
c. Joaquim Costa, 46 - 08222 Terrassa.
Barcelona. Tf.935379658 - 937881349
BILBAO teosofibilbao@gmail.com
c. Hurtado de Amézaga, 27, 3º, Dpto 3,
Edificio Sanreza 48008 Bilbao.
CERES teosofiaceres@yahoo.es
Avd. Hernán Cortes, nº 32 bajo, 10004 Cáceres
Apartado de Correos, 808 - 10080 Cáceres
Tf. 660551229
EL LOTO BLANCO
kailasangel@yahoo.es Centro de yoga Kailas.
Avda. de Florida 53-ofic. 10 Vigo 36210 (Pontevedra)
HESPERIA teosofiahesperia@gmail.com
c. Mayor, 1, 2º, 20ª-28013 Madrid Tf. 912938466
JINARAJADASA jinarajadasa@hotmail.com
c. Cádiz, 20 pasaje bajo, 46006 Valencia.
Apartado postal 4014 - 46080. Valencia.
Tf. 676897177-963283251
MOLLERUSSA teosofialleida@yahoo.es
<http://www.lleidaparticipa.cat/teosofialleida>
c. Saturno,15, 2º 3ª-25003-Lleida Tf. 973273149
NARAYANA mtugarteburu@irakasle.net

c. Entaran Kalea, 10, 3º dcha.
20730-Azpeitia. Guipuzkoa. Tf. 669095648
RAKOCZY ste_rakoczy@Yahoo.es
www.ramarakoczy.org
ORDEN TEOSOFICA DE SERVICIO:
www.otshispania.org
Rios Rosas, 25, 1º D - 28003 Madrid
SHAKTI-PAT bhlupion2003@yahoo.es
c. Marina Baixa, 4 - Entlo 1ª B, Edificio Coblanca, 31-
La Cala 03502-Benidorm, Alicante.
Tf. 965857661 - 608358353
VIVEKA prittimarga@hotmail.com
c. Narcís Monturiol 20-22 Entlo 1ª
08191 Rubí. Barcelona. Tf. 936993543-696120283
GRUPO DE ESTUDIOS TEOSÓFICOS "DHARMA"
gonzalezfrancisco@ono.com c. Andrés Juliá, 7, bajo -
46008 Valencia. Tf.655287774
GRUPO DE ESTUDIOS TEOSÓFICOS "LA RIOJA"
hernaezjuliohernaez@yahoo.es
Avda. de Colón, 57 - 26003 Logroño
GRUPO DE ESTUDIOS TS. "MARIO ROSO DE LUNA"
murtalzira@hotmail.com c. Tetuan, 6, 2º 3ª
46600 Alzira, Valencia. Tf. 667637064.
GRUPO DE ESTUDIOS TEOSÓFICOS "ZANONI"
angelinesbi@yahoo.es c. Angel Fernández, 24 -
10004 Cáceres

SECRETARIA GENERAL

c/ Arenys de Mar, 14 1º-1ª, 08225 Terrassa
(Barcelona) Tel. 935379658,
e-mails: clarisaelo@gmail.com
secretaria@sociedadteosofica.es
website: <http://sociedadteosofica.es>

SEDE INTERNACIONAL

The Theosophical Society Adyar,
Chennai 600.020, India.
website: <http://www.ts-adyar.org>
TPH Adyar: <http://www.adyarbooks.com>
<http://www.ts-adyar.org/catalogue.html>
tphindia@gmail.com

HOJA DE SUSCRIPCION A SOPHIA PARA 2011

Enviar a: Editorial Teosofica, Apartado de correos 105 - 08197 - Valldoreix. Tf. 93-6746886

e-mail: editorialteosofica@gmail.com website: <http://usuaris.tinet.cat/jgar>

Nombre y apellidos:

Dirección:

Localidad: Código postal

Provincia. Tf.

Modalidades de pago: (mandar copia del ingreso por correo o email a la editorial)

- Transferencia a c/c. Editorial Teosófica en
CAIXA CATALUNYA nº: 2013 0052 79 0201527517;
- Contra reembolso (sólo para España)

Precio de la suscripción: España: 18 Euros. Europa: 24 Euros

Otros países: 31 Euros

¿ESPIRITUALIDAD? ¿RELIGIOSIDAD?

Ser espiritual es mucho más que creer en un Dios abstracto. Es abrazar el descubrimiento de otra dimensión de la vida que opera tan solo de manera espiritual. Cuando lo descubres te das cuenta de que el universo está lleno de unas coincidencias misteriosas, encuentros fortuitos, intuiciones, y de que todo ello apunta a un propósito más elevado de la vida humana.

James Redfield

Otro tema candente que intentaremos abordar hoy, puede resultar tan delicado y frágil, o más si cabe, que el que tratamos de esbozar en estas líneas, el mes pasado, cuando nos atrevimos a decir algo sobre los Maestros de Sabiduría y su modo de actuar.

Ahora, aunque torpe y escuetamente, Intentaremos hablar de espiritualidad. No cabe duda de que éste es un tema del que no podemos presumir que dominemos en absoluto, ni de que nunca seamos capaces de poder hacerlo en toda su magnitud. Por eso nos limitaremos a unos ligeros toques y llegaremos hasta donde la prudencia de nuestro corto conocimiento nos permita, para no caer en el absurdo de la incompetencia.

Generalmente, la palabra “espiritualidad” se aplica al concepto de “religión.” Si una persona es religiosa, se da por sentado que es espiritual. ¿Pero es esto así? Espíritu y espiritualidad son conceptos que escapan al común denominador del término “religión” o “religioso.” Se es espiritual aun cuando uno pueda sentirse o no religioso según el sentido corriente de la palabra. Tal vez la palabra “misticismo” sería la más adecuada y más en consonancia con lo verdaderamente religioso, aún cuando esto tampoco quiera decir que el misticismo no sea ajeno también a lo estrictamente religioso, por así decirlo. Se puede ser ambas cosas: un místico, o un místico-religioso que necesita de la práctica de un ritualismo eclesiástico. Había, y los hay,

los ascetas que se recluían en cenobios o ermitas impulsados por un sentimiento que les abocaba a la imperiosa necesidad de unirse con lo Inefable de su naturaleza mística interna. Las clausuras de algunos conventos obedecían y seguramente siguen obedeciendo esas reglas monacales de una vida interior. La afinidad de misticismo y religiosidad no siempre va unida a lo realmente espiritual. Podría decirse que la espiritualidad es una cosa que no tiene nada que ver con la religiosidad de los cultos exotéricos.

Se puede ser espiritual sin sentirse adjetivado con esa palabra. Como dice N. Sri Ram (*Pensamientos para Aspirantes*, 2ª Serie, pp.145), **Lo que una persona es y hace constituye el grado y medida de su espiritualidad, y no la conformidad a una pauta o forma religiosa externa.**

A veces, también nosotros, los que tenemos la osadía de llamarnos teósofos porque formamos parte del movimiento teosófico, aún cuando pueda darse el caso de que no hayamos profundizado en el verdadero sentido de lo que representa la Teosofía y sus aplicaciones prácticas en

el mundo, nos creemos más ‘espirituales’ que los demás, por el mero hecho de pertenecer a un grupo de personas algo ‘especiales,’ (¡y en verdad que, en sentido peyorativo podríamos decir algo sobre esta especialidad!) que buscan respuestas y que comparten unas enseñanzas depositadas en nuestras manos con el objetivo de hacer el mejor uso de ellas en beneficio de la humanidad. Que lo hagamos o no, depende de nosotros y de nuestra actitud ante la vida.

Por lo tanto, cuando oigamos decir de alguien que es ‘una persona muy espiritual’, abramos bien los ojos y estudiemos su comportamiento ante el mundo y ante ella misma. La espiritualidad va unida muy estrechamente con la verdadera humildad. Nunca, una persona, por muy encumbra-da que esté en el escalafón jerárquico de cualquier corporación religiosa, será más espiritual que otra que camine por las rutas de este mundo apoyada en el cayado del amor y la comprensión hacia todos los seres y hacia todas las cosas.

C.B.

A menos que el ser humano sea una luz para sí mismo, nada tiene importancia, porque si depende de alguien se encuentra entonces en un estado de perpetua ansiedad.

Primero tiene que solucionar sus problemas, ¿no es así? Debe poner orden en la casa, en la casa en la que vive, y en esa casa que es el ‘yo’ —mis pensamientos, mis sentimientos, ansiedades, sentido de culpa, pena... —debe poner orden ahí. Sin ese orden, ¿cómo seguir adelante?

Meditación. La mente silenciosa. J. Krishnamurti

La devoción como un camino

La devoción se ha considerado uno de los caminos principales por los que una persona puede adquirir una mejor comprensión y cercanía a los niveles superiores del ser. Pero en los niveles inferiores, vemos que la devoción muchas veces no significa gran cosa. La devoción puede ir dirigida a numerosas cosas, según la inteligencia de cada uno. Se dice que en el sendero, algunos sentimientos y pensamientos que se valoran mucho no sirven de mucho si se toman separadamente. Por ejemplo, si tomáis la devoción, todo depende del objeto de esa devoción. Puede ser algo de orden inferior, y en ese caso el valor de esa devoción es menor; no es que no tenga valor, porque el hecho de tener devoción hacia algo, incluso algo negativo, ya tiene cierto valor. A veces lo leemos en algunas novelas.

En una de las novelas de Dickens aparece un personaje malvado, que tiene un perro que le quiere mucho. El también quiere, en cierta manera, a su perro pero a veces actúa de una forma que no parece propia de alguien que ama a su mascota. Pero es aquello a lo que dirige su amor y por eso tiene valor; mantiene la llama del amor viva en su interior (aunque muy débil), y eso es muy importante. Por esto, cualquier devoción que tenga una persona hacia algo, incluso a un dios hecho de piedra, tiene algún valor. La Dra. Besant tenía dos sirvientes que le hacían varias cosas: no tal como ella las quería, sino como las

querían ellos. Uno de ellos había sido un delincuente pero ella decía que había algo bueno en su interior y lo alimentaba. Mi hermano y yo, de pequeños, le teníamos miedo, porque su aspecto era espantoso. La Dra. Besant era muy buena con él y probablemente, en el curso de esa encarnación, él mejoró, porque aprendió a tener devoción por ella.

No sabemos qué es lo que hace mejorar a una persona pero está claro que la devoción produce un cambio en el carácter de un individuo. Y por esto no importa cuál sea el objeto de la devoción de una persona en una etapa determinada de su vida. Pero hay varias etapas. Y sabemos que hay personas que han desarrollado la espiritualidad a través de la devoción, tal vez con la devoción a un dios al que atribuían todo tipo de bellas cualidades. Pero cuando hablamos de alguien más desarrollado, la devoción tiene que incluir más cosas. La verdadera devoción religiosa, que siente la necesidad de ayudar a todas las cosas, superiores e inferiores, representa un punto de inflexión.

En algunos de sus trabajos, el Dr. Taimni habla de una clase de devoción muy elevada, la devoción a una idea. Ese tipo de devoción se les atribuye a las personas orientadas espiritualmente. Cuando una persona tiene verdadera devoción, empieza a darse cuenta de que la vida de Dios está en todas partes, en todas las cosas, pequeñas y grandes. Sabemos que incluso las pequeñas criaturas, que ahora

nos pueden parecer insignificantes, tienen un papel que desempeñar en el proceso de la evolución. Podemos descubrir parte del gran papel que representan los pequeños insectos. Las hormigas, por ejemplo, aprenden a trabajar juntas; y sólo viendo un poco los detalles de su existencia, la hormiga es asombrosa. Nos preguntamos cómo puede haber una criatura tan pequeña, con un cerebro tan diminuto, que tenga el tipo e inteligencia que tiene. ¿O es que de esa forma la inteligencia universal, que funciona a través suyo y la compañía de otras hormigas como ella, puede hacer algo valioso desde una perspectiva más amplia?

Es muy clarificador e inspirador descubrir, aunque sea gradualmente, cómo funciona la evolución. Funciona de muchas maneras, no en una solamente, y encuentra constantemente maneras de desarrollar la inteligencia y las cualidades necesarias para la vida superior de distintos seres. Nosotros, que estamos tan desarrollados mentalmente, desde un cierto punto de vista, hemos de aprender qué elementos constituyen la devoción. La devoción no está dirigida simplemente a un individuo en particular, es mucho más que eso. Si se trata de una dedicación a un ser superior, como uno de los Maestros, entonces debe existir por el bien de todas las criaturas, porque los Maestros no se preocupan solamente de una o dos personas. A veces parece como si tuvieran más interés en un individuo que en otro, porque las personas muy desarrolladas tienen siempre opciones ante sí. Se les dan oportunidades y mucho depende de si ese individuo las aprovecha o no. El Maestro no dice: esta es la oportunidad. La oportu-

nidad puede aparecer de forma oculta. Puede que sea de las que no se reconocen fácilmente.

Si creemos en la literatura teosófica, sabemos que algunos individuos han llegado muy lejos y después se han detenido o incluso han retrocedido. Pero esto no le ocurre a alguien que tenga devoción en un verdadero sentido, porque su devoción está dirigida no sólo a una persona, que puede ser un maestro, sino a uno que ha mostrado que el camino es universal. No está limitada a ninguna persona, ni siquiera a un Maestro. La devoción hacia una persona es devoción hacia el objetivo de esa persona; eso es lo bueno que hay en todas las criaturas y que, en mi opinión, cada Maestro representa. Hay algo en cada individuo que puede llevarle al sendero espiritual, y somos nosotros quienes hemos de darnos cuenta de lo que es; no condenar a ciertas personas porque vemos que no hacen lo que creemos que deberían hacer. Podemos ayudarles a tener un interés positivo, tal vez no a nivel físico sino a un nivel diferente.

En una de las conferencias que dio la Dra. Besant, decía que, en nuestra meditación, podemos pensar en alguien con problemas y derramar, en lo posible, el tipo de sentimientos que haga aflorar la parte mejor de su naturaleza. La ayuda que le damos no tiene que ser necesariamente a nivel físico. Puede que esa persona rechace nuestro acercamiento, pero igualmente le puede ser útil la actitud que tengamos hacia ella. Por esto, en el trasfondo de nuestra mente, tenemos lo bueno que hay en todos.

Así pues, cuando la devoción es hacia un individuo, no estáis limitados. El co-

razón se expande. El corazón del Adepto es tan grande como la vida misma. Y si su devoción limita a la persona y dice que está entregado a esto o aquello y que todo lo demás es ordinario, algo no va bien. Un buen maestro se preocupa por el bien de todos y quien es un devoto del maestro se preocupa también por el bien de todos. Tal vez los Adeptos no permiten tener contacto con ellos a nadie que no haya llegado hasta este punto, porque esta persona no tiene todavía la capacidad de ampliar sus intereses y sus sentimientos.

Podemos mirarnos todos a nosotros mismos. Tal vez tengamos devoción de muchas maneras, o solamente la tengamos hacia algunos miembros de nuestra familia, pero no a todos. Podemos estar dedicados a un Maestro, o un profesor, pero no a todos los que tienen el carácter de una persona santa. Todo esto está muy bien, pero sólo en cierta etapa. Más allá de esa etapa, que puede ser el principio de una vida teosófica, tiene que haber una devoción hacia el bien de la humanidad misma, incluyendo a toda la gente, tanto los buenos como los malos, a los animales, a los pájaros, de hecho, a todo. Tiene que prevalecer una actitud benevolente, una actitud que no cambie dependiendo del comportamiento de los demás, sino que permanezca siempre la misma.

Una fraternidad que es diferente

Hace más de un siglo, HPB escribió algunas cosas que siguen siendo valiosas para nosotros hoy en día. Una de ellas fue la preocupación por el impacto que la Teosofía podía tener y llegará a tener, un día, sobre la gente. Escribió lo siguiente:

El día en que la Teosofía haya logrado su visión más santa y más importante, la de unir

firmemente un cuerpo de todas las naciones en amor fraternal, con un verdadero trabajo altruista, no con un trabajo movido por el egoísmo, solamente ese día la Teosofía será superior a cualquier fraternidad nominal de los hombres.

La fraternidad de la que hablamos, y que la mayoría de nosotros practicamos, es sólo de nombre, no tiene profundidad. No supera los obstáculos y no es mejor que la fraternidad de la que se habla, pero que no se pone en práctica realmente. Como dice HPB, tiene una misión, un trabajo que hacer, algo muy sagrado e importante. Debe unir a todas las personas empujadas por altos ideales en una fraternidad de todos los hombres y todas las naciones, para que el mundo realmente se convierta en uno solo de verdad.

Es importante que la fraternidad no se limite a ser una palabra que transmite solamente lo superficial. Tiene que sentirse y practicarse profundamente, y tiene que llegar a todos y a todas las criaturas. No debería eliminar a los pobres y los sucios, y a quienes se equivocan muchas veces. Considerarlos a todos como hermanos es una misión sagrada, muy sagrada e importante. El propósito por el que trabajamos no es simplemente el de crear una pequeña amistad entre los numerosos pueblos de la tierra, sino un verdadero lazo altruista. Hasta ese día, la Teosofía será sólo nominal, pero cuando la fraternidad sea real, unirá no sólo a todos los seres humanos sino a todas las naciones. Éstas tendrán sus características particulares, pero estarán unidas por una base común de trabajo altruista y de ausencia de motivaciones egoístas. Si esto lo vemos claro, veremos lo lejos que estamos de la verdadera fraternidad.

La ciencia, la religión y la filosofía, de las que hablamos en el segundo Objetivo, tienen que comprenderse a un nivel profundo. La ciencia, por ejemplo, no significa simplemente conocer y estudiar más cosas sobre el funcionamiento del universo. Se trata de entender el significado del universo como un todo. No es un proceso cuyo significado y propósito no conozca nadie; el verdadero científico está preguntando qué significa el universo, mientras que estudia científicamente quienes somos.

Cuál es el significado de nuestra vida es una pregunta que empieza a pertenecer a la filosofía. La religión también, a su manera, plantea la misma pregunta. ¿Hay algún elemento sagrado que conecte todas las cosas que llegamos a conocer? ¿Son todas partes de esa sustancia suprema una que es Brahman, una unidad que no es mecánica y que hace que la disparidad parezca irreal? La ciencia no es simplemente un conocimiento académico o indicativo de una capacidad de inventar. Es lo que une al mundo en pensamiento; la gente, los árboles, la tierra y los peces y todo cuanto conocemos. ¿Cuál es esta conexión

entre todo y cuál es la clave para llegar a ella? Resulta interesante en esta conexión descubrir las leyes que se aplican a las cosas de esta tierra y también a las cosas lejanas, a lo que ocurre tanto en la tierra como en el universo.

Tal vez lo importante sea conocer esta interconexión. Todos los Teósofos sabemos que la más pequeña criatura forma también parte de un gran sistema; crece en conciencia, no sólo en cuerpo. Es una de las cosas que nos conecta con todo lo de la tierra y más allá. El Buddha decía que la compasión llega a todas las criaturas, sintiendo lo bueno que hay en todas ellas, que es una manera de sentir la unidad. Las personas que lo saben descubrirán un modo distinto de mirar las cosas, un plano de existencia diferente.

La fraternidad se consigue de muchas maneras. El segundo Objetivo de nuestra Sociedad es un camino, aunque no pensemos normalmente en él, hacia la unidad de la vida. Es el significado de la vida, tal vez de la vida como una sola. Los objetivos de la Sociedad apuntan todos a la misma verdad.

P: ¿Cuál es el camino más fácil hacia Dios?

R: Derramar lágrimas.

P: ¿Y si las lágrimas no salen?

R: Entonces deberías buscar la compañía de los que derraman lágrimas, es decir la compañía de los buenos (satsangh). Ese es el camino más fácil hacia Dios, a través del amor y de la devoción.

Ma Anandamayi

(The Theosophist, junio 2011.)

EL ESPEJO DE LA VIDA

Michael Brown

Imagínese: Usted de pie frente al espejo del cuarto de baño, estudiando su imagen.

De pronto, su reflejo y el de la habitación desaparecen, y en su lugar Ud. ve una película de toda su vida: cada recuerdo hasta el momento presente está ahí —incluso el pequeño drama de hoy mismo cuando un borracho le dio una patada a su coche. Y mientras Ud. observa, una voz le habla dentro de la cabeza y le dice: “Ahora estás mirando quién eres.”

“De ninguna manera”, Ud. podría objetar, “lo que la vida hace conmigo no es lo mismo que lo que yo soy.”

Pero sí que lo es. Su vida, incluidos todos los recuerdos, es un espejo de alta precisión. Este espejo le muestra, literal y metafóricamente, quién es Ud. Realmente. Todo en su vida es un reflejo de quién es Ud. Ese es el lenguaje secreto de los recuerdos, eventos y cosas percibidas. Le muestra usted a Ud.

“Absurdo”, usted podría argumentar. “¿Qué pasa con ese tipo que le dio una patada a mi coche?” “¿Se supone que eso es también un reflejo de quién soy yo?”

Sí, eso también. Ud. es un fragmento

del gigantesco ser singular conocido como la Conciencia. A través de Ud., la Conciencia simultáneamente hace y responde a la pregunta de “¿*Qué soy yo?*”. A través de sus aventuras, la conciencia se crea a sí misma y se conoce a sí misma. Pero Ud. lo ha olvidado y no reconoce sus propias creaciones, aunque se estén mostrando frente a Ud. Incluso su cuerpo es parte del espejo de la vida generado por su yo interno.

Para los seres humanos, la pregunta “¿Qué soy yo?” se torna en “¿Quién soy yo?”.

Pero no va a encontrar la respuesta en el espejo de su vida si enfoca solamente los objetos materiales, porque estos —incluso su cuerpo —son los ejemplos más débiles de lo que Ud. es. En vez de eso, observe sus relaciones, sus deseos, sus creencias, sus tragedias y eventos recurrentes.

Si no le gusta lo que ve, la buena noticia es que nada de ello es real en sí mismo. Ninguna cosa, pensamiento o evento tiene ninguna realidad fija independiente de usted — ni siquiera las montañas más altas o las más terribles tempestades. Su percepción es la única realidad que existe.

Todos hemos oído ese antiguo enigma: Si un árbol cae en el bosque y no hay nadie cerca para oírlo, ¿hace ruido ese árbol? La respuesta es que sin observador no hay ni árbol ni caída.

En la Biblia, la frase “y Dios dijo: Yo Soy El que Soy” es una descripción con cinco palabras del espejo que llamamos la vida.

Anais Nin lo expresó así: “Usted no ve el mundo tal como es. Usted lo ve tal como es usted.”

La ciencia redefinida

La física moderna está perpleja por encontrarse dispuesta a admitir esto. Los científicos han descubierto el espejo de su propia mente dentro del átomo, *donde la existencia y el comportamiento de las partículas dependen de la intención del científico*. Einstein vio las tremendas implicaciones que tenía todo esto ya en los años cincuenta y no le gustó. Se lamentaba diciendo: “Me gustaría pensar que la Luna sigue ahí aunque yo no la esté mirando”. Y esa es, en realidad, la única pregunta que nos queda: ¿la realidad subatómica se aplica a la realidad macrocósmica del día a día? Cuando la ciencia dé ese salto, se redefinirá a sí misma y la humanidad contará una nueva historia de lo que significa ser humano.

Cuando la ciencia termine con los aceleradores de partículas, sabrá que el elemento fundamental del universo es el pensamiento. El pensamiento es una cosa que lleva una firma física que no solemos reconocer como nuestra.

Imagine que usted lanza un búmerang y después olvida que lo lanzó. Cuando éste retorne, mirará a los lados y se preguntará cuál fue la mano responsable. Y así va

usted lanzando bumeranes, que retornan, en algunos casos para darle placer, y en otros para causarle dolor. Históricamente, sobre este tema del olvido, la religión se encoge de hombros y dice “Sus caminos son misteriosos”.

Hasta que no reconozcamos el inmenso poder causal que tienen nuestros pensamientos, permaneceremos a merced de los mismos cuando retornen al espejo de nuestra vida.

Cambio interior

Veamos una parábola sobre la sabiduría de los sufís.

Un extraño entra en una aldea e inmediatamente busca al maestro sufí para pedirle consejo. Le dice: “Estoy pensando en mudarme y venir a vivir a esta aldea. ¿Qué me puede decir al respecto de las personas que viven aquí?”

El maestro le responde: “¿Qué me puede decir Ud. al respecto de las personas que viven donde Ud. mora?”

“Ah”, dice el visitante contrariado, “son personas terribles. Ladrones, tramposos y mentirosos. Son traicioneros”.

“Bien”, dice el maestro sufí: ¿No es una coincidencia? Aquí son exactamente igual”.

El hombre entonces se va de la aldea para siempre.

Posteriormente, otro extraño llega también en busca del maestro sufí para pedirle consejo: “Estoy pensando en mudarme a esta aldea. ¿Qué me puede decir al respecto de las personas que moran aquí?”

El maestro sufí responde: “¿Qué me puede decir usted de las personas del lugar de donde viene?”

“Ah”, dice el visitante recordando

embelesado, “son personas maravillosas. Son gentiles, agradables y compasivas. Cuidan las unas de las otras.”

“Bien”, dice el maestro sufi: “¿No es una coincidencia? Aquí son exactamente igual”

Llevamos a nuestro yo interno dondequiera que vamos. Cambiar las circunstancias externas es como cambiar el papel de la pared en una habitación de la casa. Nuestro mundo sólo puede cambiarse desde dentro, porque procede de allí. Para cambiarlo, debemos convertirnos en el guardián de nuestros pensamientos, aceptando los que estén creando aquello que queremos y rechazando los que crean lo que no deseamos.

Es como regar el jardín. ¿Riega Ud. las flores o las malas hierbas?

Los pensamientos son realmente sentimientos disecados, y los sentimientos son más potentes. También pueden controlarse, – nada que ver con la negación, y todo depende del lugar adonde dirigimos la manguera. Un jardín fértil de sentimientos espera el alimento de su atención: entre ellos coraje, compasión, fuerza, amor y felicidad.

Sí, incluso la felicidad es una opción.

Después, están las malas hierbas de su jardín. ¿Con qué frecuencia se enfada usted? ¿Se siente amargado, resentido, celoso o cínico? ¿Tiene usted sed de venganza? Si usted permite que esos sentimientos echen raíces, se convertirán en hierbas nocivas – y es a usted a quien envenenan. El Buddha comparó el acto de abrigar ese tipo de sentimientos con tener un carbón encendido en las manos. Su vida no es lo que le han hecho a usted,

es la respuesta que usted ha dado. Si mil personas asisten a un mismo evento, por el otro lado saldrán mil senderos distintos. “Espejo, espejito mío, en el muro de la vida, ¿quién es el más bello de todos?” El espejo siempre responde a la pregunta, pero debemos entender que, con nuestros patrones de pensamiento, le estamos diciendo lo que ha de responder.

Deliberada y conscientemente, trabaje la magia del espejo de la vida en su propio provecho.

¿Qué es lo que Ud. quiere? ¿Quiere ser amado? Entonces ame.

¿Quiere que confíen en Ud.? Confíe.

¿Quiere neutralizar a sus enemigos? Perdónelos.

Si quiere que le escuchen, escuche. Si quiere ser comprendido, trate de comprender. Si quiere recibir, sea agradecido. Si quiere que la belleza florezca, busque activamente la belleza en su vida, independientemente de sus circunstancias. Cuando reducimos las exquisitas polaridades de la vida, llegamos a la iluminación.

Creador y criatura

Pero he aquí una pregunta que hacen muchos: “*Si Ud. y yo miramos el mismo cerezo, ¿quién lo creó?*”

Los dos, de mutuo acuerdo subconsciente. Pero no es el mismo árbol. No hay dos personas que consigan ver nunca el mismo objeto o evento —pregunte a cualquier policía en una interrogación de testigos. Literalmente, creamos nuestros propios universos. Sin embargo, como olvidamos esos poderes, cada uno de nosotros piensa que el universo que percibimos es el único y verdadero. La ciencia tradicional cometió el mismo error. La

mayoría de las religiones aún lo comete, describiendo otras visiones del mundo como falsas o heréticas.

Veamos otra historia antigua:

Tres hombres ciegos se hallan en la presencia del Gran Elefante. Cada uno, temblando de miedo, avanza inseguro y estira las manos para descubrir la naturaleza del animal. Uno de ellos le palpa la cola, otro la pierna y el tercero la trompa. Cada uno siente alegría por haber descubierto la naturaleza del elefante mediante su experiencia directa.

El ciego que palpó la cola anuncia: “el Gran Elefante es una escoba que lo limpia y barre todo”. El ciego que tocó su pata protesta, sorprendido: “No, el Elefante es un magnífico pilar que se eleva por encima de nosotros, guardándonos y protegiéndonos”. El ciego que tocó la trompa exclama, asombrado: “No, ambos están equivocados. El Elefante es un arado que surca la tierra para que podamos sembrar y recoger cosechas”.

Y comenzaron a reñir y no hubo paz en la tierra.

El gran campo de la Conciencia está hecho de todas las cosas que fueron,

son y serán. No existe nada que no sea Conciencia. Cuando usted, yo y más de un centenar de personas, nos reunimos, existe un solo Ser en la habitación. Cada fragmento de ese ser es único, en su propio viaje inventado. Usted es tanto el creador como la criatura. Pero olvidó que es el creador, para que sus aventuras pudieran ser reales.

Cuando vuelva usted a mirar ese maravilloso espejo que llamamos vida, sepa que lo que allí aparece habla íntimamente de usted como creador. Y entonces, si usted desea cambiar, controle sus pensamientos y sentimientos y, finalmente, sus creencias. Salga de la caverna y conviértase en el dueño de su vida. Desarrolle la presencia sin aislamiento.

Conecte con la Conciencia.

(Michael Brawn. Escritor, periodista y PhD en Física. Trabajó para la BBC de Londres y actualmente reside en Nueva Zelanda)

Su página web:

www.findingthefield.com

No estoy buscando orden; estoy viendo que hay desorden y quiero saber por qué lo hay. No pretendo encontrar orden, porque entonces aparecen todos los gurús y todo lo demás.

De modo que no deseo orden; sólo quiero descubrir por qué en nuestras vidas hay tal caos y desorden. El ser humano tiene que descubrirlo, no pedirle a alguien que le diga si hay desorden.

Meditación. La mente silenciosa. J. Krishnamurti

¿NOS DESPERTAMOS DESPUÉS DE LA MUERTE?’

John Algeo

Desde hace algún tiempo, la pregunta de saber si, según la tradición teosófica, estamos o no conscientes después de la muerte, es objeto de una atención creciente. Se piensa en especial en los artículos de Adam Warcup y de E. Lester Smith, en la revista de la Sección Inglesa que evidencian diversos aspectos del problema. Si nos atenemos a lo esencial, la pregunta se reduce a dos conceptos diametralmente opuestos.

Según el primero, cuando morimos entramos en un estado de conciencia que dura todo el tiempo de nuestra estancia en el *kâmaloka* (o plano astral) y que no cesa más que con el paso al devachán, donde se ha creado un mundo idílico de consolación para cada uno de nosotros. Según este concepto, que se basa esencialmente en la lectura de las *Cartas de los Mahatmas*, nunca hay una verdadera conciencia, en ningún momento después de la muerte, ni la de entrar en relación con el prójimo. Los raros casos que pudieran presentarse no son corrientes y, en todo caso, no deseables.

Según el segundo concepto, la muerte entraña una acomodación de la conciencia,

y el estado *post-mortem* no es más que la continuación del estado de conciencia en el que nos encontramos durante la vida, aún cuando el entorno post-mortem esté gobernado por otras leyes naturales distintas a las del mundo físico. Este concepto hay que asociarlo principalmente a las investigaciones de los clarividentes como C.W. Leadbeater. Para éstos, si bien puede que intervengan períodos de inconsciencia, somos absolutamente conscientes de que en el estado *post-mortem* lo mismo que durante la vida, es absolutamente normal, que después de la muerte, se continúen manteniendo relaciones con el prójimo.

Estos dos conceptos del estado post-mortem difieren en muchos aspectos, y no menos por lo que se refiere al estilo de las descripciones. Sin embargo, el detalle y la forma de las presentaciones de la existencia post-mortem no son de una importancia capitalina. Porque, de hecho, ha de haber tantas variedades de “tanatografías” (inventando un término que designa las experiencias que sufrimos después de la muerte) como variedad de biografías hay. La diferencia esencial entre los dos puntos de vista se basa en la pregunta sobre la

conciencia: ¿después de la muerte, y antes de nuestra reencarnación, existe un lapsus de tiempo, de la duración que sea, en el que seamos conscientes de la presencia de otros seres, aquí abajo en el otro mundo, y donde podamos entrar en relación con ellos? A esto, la primera posición responde no, y la segunda sí. Puesto que existe un desacuerdo sobre este punto fundamental en el seno de la misma tradición teosófica, está bien examinar los dos puntos de vista y detenernos en las razones que los motivan.

La primera posición se apoya en una atenta lectura de las *Cartas de los Mahatmas*, que se encuentran entre los textos esenciales de la enseñanza teosófica. Por eso merece la pena tener esto en cuenta. Según esta posición, en el momento de la muerte, nos sumergimos en un estado de inconsciencia durante el cual va a separarse el elemento más específicamente humano en nosotros (*manas*), en el período de una lucha encarnizada entre, por un lado, el elemento de deseo (*kâma*), que tiende a arrastrarnos de nuevo hacia los apegos de nuestra vida pasada, y por el otro, el elemento intuitivo (*buddhi*) que nos arrastra hacia la parte impersonal y permanente de nuestro ser. Después de este período de “gestación,” donde lo que es perdurable de nuestra personalidad se encuentra separado de lo que es transitorio, entramos en un estado de sueño y de bienestar perfectos, en el transcurso del cual nos consolamos de las injusticias que hemos sufrido en nuestra vida pasada. La totalidad del estado post-mortem representa una especie de sueño, a continuación del estado de vigilia que representa la vida. Una parte del tiempo, estamos inmersos

en un sueño profundo, desprovistos de conciencia, y el resto del tiempo, tenemos sueños agradables. El mundo de los vivos es un mundo de causas, y el de los muertos es un mundo de efectos, en el que no puede generarse ninguna causa nueva. A esto se le añaden otros detalles. Pero he aquí en qué consiste esta primera posición para lo esencial.

Este concepto suscita algunas objeciones. La primera es que se apoya en posiciones simplistas: vida y muerte, conciencia e inconsciencia, vigilia y sueño. En efecto, si bien esas dicotomías a veces pueden ser útiles, se corre el riesgo de que engendren errores.

Para dar un ejemplo, la línea de demarcación entre la vida y la muerte no está tan delimitada como parece. Si se sigue el curso normal de la existencia, la conciencia empieza a retirarse de la vida mucho antes que el cuerpo haya dejado de funcionar. A este respecto, existe una gran diferencia entre los individuos, sin embargo no es raro encontrar seres de edad avanzada cuya conciencia individual (el yo que expresa su voluntad y que crea la personalidad) se ha retirado ya en gran medida dejando a lo elemental el cuidado de continuar funcionando en el cuerpo físico. Esas personas no están atadas a sus cuerpos más que por una hebra sutil, y la vida que perdura no es más que la conciencia colectiva de la vida elemental de la forma, teñida por la personalidad que con anterioridad utilizaba este cuerpo como vehículo.

El instante preciso en que puede decirse que el cuerpo físico está muerto, se presta en sí a ser materia de debate. ¿Es el momento en que se detiene la respiración,

o en que el corazón deja de latir, o bien aquel en que ya no existe una emisión cerebral? Las mismas autoridades médicas no se ponen de acuerdo respecto a lo que constituye la “muerte.”

Asimismo, la conciencia es una cosa compleja. No somos conscientes o inconscientes con precisión; lo somos de forma diferente y en grados diversos. Las investigaciones sobre el sueño han demostrado recientemente que existen varias fases de sueño por las que pasamos de modo cíclico durante la noche. Resulta, pues, inadecuado hablar con precisión de estado de vigilia y de estado de sueño considerando la complejidad de los fenómenos.

Como todas las metáforas, la comparación de la vida y la muerte con la vigilia y el sueño, si bien es limitada, resulta muy útil. Es útil especialmente cuando se evoca la cuestión de las causas y los efectos. En las *Cartas de los Mahatmas*, el estado de vida se concibe como un mundo en el que producimos causas, y el estado post-mortem como aquel en el que conocemos los efectos de esas causas.

Igual que un rosario constituido por la alternancia de perlas blancas y perlas negras, la sucesión de mundos está hecha de mundos de CAUSAS y mundos de EFECTOS, siendo estos últimos el resultado inmediato de las primeras.

Pero las causas y los efectos son otra dicotomía que tiende a simplificar la realidad, puesto que cada efecto constituye la matriz de nuevas causas. Sólo los Budhas, que han despertado del gran sueño de la ilusión, no engendran más causas en ningún mundo. En el mundo de las causas es evidente que sufrimos efectos: el karma opera aquí abajo tanto como en

lo de arriba. De modo que tenemos que esperar producir las causas en el mundo de los efectos por la misma razón de nuestras reacciones ante estos efectos. En el sueño ordinario, nos enfrentamos con problemas, hallamos soluciones y pasamos revista a las experiencias que hemos vivido durante el día anterior; estas acciones de nuestro período de sueño repercuten en las acciones del día siguiente. De un modo parecido, es muy posible que, en el sueño de la muerte, crearemos causas que afectarán a nuestra vida futura. Hablar de la vida y de la muerte en términos de mundos de causas y de mundos de efectos es tan metafórico como hablar en términos de vigilia y de sueño. Toda metáfora tomada al pie de la letra representa una trampa para la mente.

Otra objeción ante la primera posición, irónicamente, es el mismo argumento que nos ha incitado a tomárnosla en serio: se apoya en las descripciones de las condiciones post-mortem en las *Cartas de los Mahatmas*. Ciertamente, estas cartas contienen enseñanzas teosóficas fundamentales, pero son incompletas y no deberían citarse en absoluto como las palabras del evangelio para apoyar un argumento. Estas cartas nunca estuvieron destinadas a ser publicadas. Se trataba de instrucciones privadas dirigidas a una persona en particular. No constituyen una exposición organizada y exhaustiva de la Tradición de la Sabiduría, sino una serie fragmentada de observaciones sobre temas y problemas evocados en el curso de una conversación privada. Hacer de las *Cartas de los Mahatmas* un documento público anunciando los fundamentos de la Tradición de la Sabiduría es cometer un error

de interpretación.

Cuando leemos las *Cartas de los Mahatmas*, no hemos de olvidar nunca que se trata de fragmentos de una conversación privada que escuchamos indiscreetamente. De uno de los interlocutores, no nos queda, al parecer, más que una correspondencia parcial, del otro, prácticamente nada. Además, el contenido de estas cartas no nos estaba destinado, estaba dirigido a un lector en particular. Ahora bien, esto es muy importante, puesto que en el mundo relativo en el que vivimos, la Verdad y la Realidad no existen en absoluto. No existen más que en relación a aquel que las percibe. Por consiguiente, siempre es necesario que una verdad se explique en función de aquel al que se dirige.

Una parábola del Budha enfatiza esta necesidad de adaptar nuestras palabras a aquellos que nos escuchan y a las circunstancias en las que hablamos. Un niño se encuentra prisionero de las llamas en el piso superior de un inmueble incendiado. Su padre le conmina para que salte por la ventana y caiga en sus brazos. Pero el niño tiene miedo de saltar y no comprende el peligro que representa el fuego. Entonces, el padre le grita a su hijo: “Tú querías un poney, ¿no es verdad? Muy bien, aquí tengo un poney blanco magnífico. Salta a mis brazos y será tuyo.” Empujado por el deseo de conseguir el poney, el niño salta y salva su vida. Ahora bien, abajo no había un poney blanco. ¿Hay que decir que el padre ha mentado? O bien que, en interés de su hijo ha utilizado el único lenguaje que éste era capaz de comprender? No, el poney blanco no es una mentira, es una metáfora.

La enseñanza que recibió Sinnett so-

bre el más allá de la vida se le dio en un contexto donde el espiritismo golpeaba de lleno. A finales del siglo diecinueve, todo el mundo occidental, comprendido A.P. Sinnett, estaba fascinado por fenómenos tales como el sonido de campanillas, las mesas giratorias, los ectoplasmas flotantes, los espíritus guía, los mensajes de seres queridos desaparecidos, y las noticias del mundo de los espíritus, como por ejemplo los casamientos entre espíritus. El entusiasmo de esta época por el espiritismo equivale poco más o menos a los “channels”. En aquellos tiempos, igual que hoy, los mensajes casi siempre carecían de sentido y, a menudo, no eran más que necesidades. La casi totalidad de los fenómenos se revelaban fraudulentos; tan sólo algunos, según lo dicho por H.P.B., eran auténticos; y más aún, las causas que los desencadenaban eran diferentes de las expuestas por los espiritistas.

Está claro que las enseñanzas recibidas por Sinnett estaban destinadas a contrarrestar las explicaciones espiritistas a propósito de todos esos fenómenos. Que deliberadamente se haya minimizado la importancia de las revelaciones relativas a la supervivencia o a la actividad consciente de seres muertos no tiene que extrañarnos, teniendo en cuenta el gran número de absurdidades que circulaban en aquella época sobre este tema. Si las *Cartas de los Mahatmas* insisten en el estado de inconsciencia y de sueño que sigue a la muerte, y no sobre la actividad consciente de seres desencarnados, se debe, con toda probabilidad, a la época en que fueron escritas y al temperamento de aquella persona a la que iban dirigidas.

El mismo Sinnett reconocía el aspec-

to incompleto de la enseñanza que había recibido. He aquí lo que escribe en la introducción a la edición americana de *El Budhismo Esotérico* un año después de la publicación del texto original:

Es bueno conservar en la memoria que mis indicaciones relativas a lo que pasa en el kâmaloka, el mundo astral del que emanan la mayoría de los fenómenos espiritistas, son el fruto de mis propias preguntas e interrogantes más que a una serie de clases particulares en la ciencia oculta, cuidadosamente puestas a punto y dictadas por profesores atentos a las reglas del arte de enseñar. De hecho, ahí estriba el modo en que todo el contexto de la obra ha sido concebido; naturalmente, de todo ello se deduce que algunas partes son menos completas que otras, y que ninguna de ellas puede considerarse de otro modo que como una especie de bosquejo.

Muchas de estas advertencias no deberíamos apresurarnos nunca en interpretarlas, por mucho que se trate de las *Cartas de los Mahatmas* por no tener suficiente información. En realidad, en estas cartas, se puede atribuir el concepto del estado post-mortem al hecho accidental de que estaban dirigidas a A.P. Sinnett, quien sentía una especial predilección por este género de fenómenos, y que procedía de una sociedad particularmente aficionada al espiritismo y al diálogo con los muertos. Es posible que el resto de las cartas hayan representado la parte de lo que era conveniente decirle o no a su corresponsal y que, adaptando sus escritos a sus necesidades particulares, ellos le hubieran proporcionado el poney blanco adecuado.

La segunda posición relativa al estado

post-mortem, según la cual el “alma,” o la entidad que sobrevive, es consciente durante una parte del tiempo que sigue a la muerte, habitualmente está asociada a los teósofos de la segunda generación, como C.W. Leadbeater. Sin embargo, de hecho, esta posición ya existía a grandes rasgos entre los teósofos de la primera generación. Esta posición sostiene que la existencia después de la muerte representa en general una mezcla de conciencia e inconsciencia cuya naturaleza y proporción varían según los individuos. Esta posición sostiene igualmente que los muertos a veces tienen conciencia de otros seres y que se comunican con ellos.

Parecería como si la misma Madame Blavatsky hubiera sostenido esta segunda posición. En un largo párrafo, redactado primero en ruso, traducido después para formar parte de un capítulo del libro *En las Cuevas y Selvas del Hindustán*, y más tarde adaptado para ser publicado en la revista *Lucifer*, antes de haberlo integrado finalmente en *La Clave de la Teosofía*, H.P.B. evoca el problema en cuestión. En origen, su portavoz era un personaje que encarnaba un profesor, un santo varón lleno de sabiduría. He aquí la respuesta del maestro a uno de sus discípulos que dudaba de que se pudiera estar inconsciente entre dos vidas:

En el fondo, ¿consiste lo esencial de su pregunta en cuestionarse si es posible que un ser, sea el que sea, aún cuando sea el materialista más acérrimo del mundo, pierda por completo la conciencia del yo después de la muerte? ¿Se trata de eso?

Y el profesor prosigue certificando que es posible, porque nuestra vida después de la vida está modelada a imagen

de nuestras esperanzas durante la vida. De modo que, si estamos convencidos de que la conciencia no sobrevive al cuerpo, cuando morimos seremos inconscientes; pero si estamos convencidos de lo contrario, entonces seremos conscientes:

Si se quiere tener una vida consciente en el mundo futuro, primero hay que creer en la existencia terrestre... Después de la disolución del cuerpo empieza para éste un período de plena conciencia despierta, un estado de sueño caótico, o bien un sueño totalmente desprovisto de sueños... Es bien evidente que el hecho de creer o no creer en la inmortalidad de la conciencia no puede en absoluto afectar la realidad última de esta inmortalidad; pero el que un individuo crea en ella o no, no puede dejar de tener algún efecto sobre el modo en que esta realidad le será aplicada en particular.

En este párrafo, nos enteramos de que una de las posibilidades después de la muerte es un período de “plena conciencia despierta” y que “la inmortalidad de la conciencia (es decir, su supervivencia” es una realidad incondicional.

En el mismo párrafo, el estado que sucede a la muerte se compara, según la analogía tan conocida, al sueño. Pero, acerca de esta diferencia, el profesor sostiene aquí que el sueño de la muerte es más real que la vida despierta:

Es por esto que llamamos realidad a la vida de más allá de la tumba, y llamamos ilusión a la vida terrestre, lo mismo que la personalidad terrestre.

Y tranquiliza a su interlocutor, todavía desconcertado ante la idea de que la muerte es una especie de sueño, diciéndole que por “sueño” ha de entender algo

distinto a lo que uno tiene por costumbre imaginarse:

¿No encuentra usted pertinente la comparación entre el sueño y la muerte? Entonces tenga presente que el mismo hombre conoce tres formas de sueño: un sueño profundo desprovisto de sueños, un sueño caótico poblado de sueños confusos y, finalmente, un sueño en que los sueños son tan reales y tan lúcidos que para aquel que los tiene se convierten en la realidad más absoluta. ¿Por qué, pues, en este caso, no puede usted admitir que se produzca lo mismo para el alma separada del cuerpo? En el momento de esta separación, el alma empieza, en función de sus méritos y sobre todo de su fe, una vida de plena conciencia o de semi-conciencia; o bien, se sume en un sueño profundo, sin sueños ni conciencia, comparable al estado de no-existencia.

El estado post-mortem que implica una plena conciencia va a asimilar un sueño lúcido. El sueño lúcido es un fenómeno que desde hace algunos años se estudia cada vez más; en este tipo de sueño, el soñador es consciente de que sueña, y con toda libertad puede controlar el curso de su sueño. Cuando tenemos un sueño lúcido, en nuestro mismo interior somos conscientes del estado de sueño y, según H.P.B., en uno de los estados que sigue a la muerte, somos igualmente “totalmente conscientes.”

La posición de Blavatsky encuentra eco en la persona de William Q. Judge, su representante en América y el sucesor que ella escogió para llevar, junto con Annie Besant, la dirección de la Sección Esotérica después de su muerte. A las dos preguntas “¿es que la mayoría de

las personas que no son ni muy malas ni muy espirituales, tienen conciencia en el *kâmaloka* de que están muertos? Y ¿son capaces de percibir las visiones *kâmikas* de las que se dice que ese lugar está lleno?” He aquí la respuesta:

De la misma manera que los médicos saben que físicamente todo cuerpo humano tiene sus propias idiosincrasias, conocidas por los efectos que éstas tienen sobre la medicina, asimismo en el estado que sucede a la muerte, la idiosincrasia de un individuo puede tener una influencia. No existe ninguna regla absoluta para aplicarla invariablemente a cada individuo después de la muerte. Se deduce que en el Kâmaloka existe una gran variedad de estados diferentes. Algunos seres son conscientes de haber abandonado la tierra, otros no tienen conciencia de ello; algunos son capaces de ver a aquellos que han dejado atrás, otros no; y con toda seguridad, todo individuo tiene la capacidad de ver todo lo que está incorporado al sector particular donde él se encuentra en ese momento.

Este punto de vista, común a Blavatsky y a Judge, fue adoptado por los escritores de la segunda generación y se convirtió en la enseñanza teosófica por excelencia en esta cuestión. C.W. Leadbeater que era muy versado en el arte de vívidas descripciones muy detalladas -lo cual explica además, en gran medida, su popularidad como escritor- ha bosquejado de la vida en el otro mundo un cuadro tan íntimo y tan familiar (en *La Vida Interna*, especialmente) que uno no puede evitar pensar que se trata de un poney blanco. Sin embargo, si se prescinde del estilo victoriano del autor, con su abundancia de

detalles y su exceso de sentimentalismo, en el fondo, lo que él dice está de acuerdo con la posición de Blavatsky y de Judge.

En confirmación de esta opinión expresada por escritores teosóficos, a continuación de Blavatsky, hay que añadir la tradición universal de las religiones que dice que en el estado post-mortem el ser humano permanece consciente y mantiene relaciones con el prójimo. La tradición cristiano-islámica del paraíso y del infierno pierde todo su sentido si el alma que sobrevive no es consciente de los premios y castigos que tiene que recibir. Igualmente, la tradición católica del purgatorio hace pensar que es posible cambiar de estado después de la vida, lo cual implica una voluntad consciente. A semejanza del cielo y del infierno en Occidente, los conceptos orientales de *svarga* y *avitchi* dan a entender que existe un vida consciente después de la muerte. Según una tradición budhista, el alma se reencarna inmediatamente después de la muerte, en un mundo intermedio, si no es en el mundo físico, lo cual significa que la conciencia no se detiene jamás. Hasta en la tradición tibetana, que a primera vista es la forma de pensamiento más cercana a las *Cartas de los Mahatmas*, al alma se le ofrecer, en el bardö, justo antes de renacer, la posibilidad de aceptar la Luz y por consiguiente escapar a las sucesivas encarnaciones. Ahora bien, para eso hace falta una voluntad despierta. De hecho, la creencia en un estado de inconsciencia después de la vida, como es el caso en las *Cartas de los Mahatmas*, está muy poco extendida, en verdad es hasta única, en las tradiciones religiosas del mundo.

Además, después de generaciones

y generaciones, cantidades de seres humanos han tenido la sensación de haber estado en contacto con seres que acababan de dejarlos. Es una experiencia en extremo corriente, para un padre o para un amigo cercano del difunto, sentir la presencia de éste justo después de su muerte. Puede ocurrir que el superviviente vea, oiga o simplemente sienta la presencia del desaparecido. De manera casi invariable esta percepción va acompañada de un sentimiento de gran alivio, porque el viviente tiene la íntima convicción de que el difunto está feliz y descansa en paz.

Los fisiólogos modernos verán tal vez en eso una forma de terapia de la tristeza, un giro que nos damos a nosotros mismos para calmar nuestra angustia, nuestros temores o un sentimiento de culpabilidad. Es cierto que el efecto producido es casi siempre una sensación de sosiego. Pero esta clase de explicación se deriva de una posición científica reduccionista que no está más apoyada por las pruebas que la posición adversa que explica el fenómeno por un contacto real con el difunto. Sólo es la idea recibida de que ningún contacto es posible con un muerto, lo que hace que un materialista endurecido se decante hacia otras explicaciones. Sea lo que sea, es preferible tomar una experiencia humana universal tal como se presenta y aceptarla como a tal, a menos que razones superiores a simples prejuicios no nos hagan emprender la búsqueda de otras explicaciones.

Las formas de ciencia y de religión contra las cuales se alzó H.P.B. eran aquellas que buscaban respuestas claras y simples a todas las preguntas, respuestas acordes con sus prejuicios respectivos -no importaba que hubiera contradicción- so-

bre la cuestión de la naturaleza del mundo. En nuestros días, aspiraciones tan simplistas se encuentran todavía en algunos sabios populares -escépticos elevados al rango de místicos- como Carl Sagan, o en fanáticos. Igual que en los radicalistas de gran número de religiones. Sin embargo, los teósofos no tienen que sucumbir a la tentación de este género de aspiraciones. Están los principios fundamentales de la Teosofía, pero no puede haber radicalismo teosófico. Los teósofos no canonizan ningún libro ni ningún santo. Veneran las tradiciones universales y las experiencias de la humanidad. Respetan la opinión de sus semejantes, pero lo sopesan todo en la balanza de su propia inteligencia y de su intuición personal.

Numerosos problemas, sobre todo aquellos que se refieren a los fines definitivos de la vida y de la muerte, no pueden resolverse mediante respuestas claras y simples. Porque la vida y la muerte son temas complejos. Mediante el lenguaje son posibles dos clases de declaraciones: una corresponde al terreno de la hipótesis para valorar cuantitativa y objetivamente, y la otra al terreno de la metáfora, a valorar cualitativamente y subjetivamente. Con las hipótesis se construyen argumentos lógicos. Con las metáforas. Se hace poesía. Todo lo que avanzamos después de la vida, lo mismo que todo aquello que realmente importa en la vida, comprendiendo lo que se disimula bajo el nombre de la ciencia, de hecho, es poesía.

Todas las descripciones del estado post-mortem que se encuentran en la literatura teosófica y en otras partes, constituyen una forma de poesía. Son relatos que la humanidad se cuenta a si misma para

explicar el universo. Una de las grandes cualidades de la narrativa teosófica, es que se sostiene, que es coherente. Concebir la experiencia post-mortem como el de un estado generalmente consciente se corresponde con el punto de vista predominante en la Teosofía desde los tiempos de H.P.B. Es coherente con el resto de la enseñanza teosófica, con las tradiciones de la humanidad, y con la experiencia ordinaria de los hombres en las cuatro esquinas del mundo. Por lo que respecta a la falta de convergencia con la enseñanza de las *Cartas de los Mahatmas*, hay que suponer que estas cartas fueron escritas con un objetivo en especial, o bien que nosotros nos equivo-

camos en su interpretación.

Pero, en definitiva, el problema de la conciencia después de la muerte no es de importancia capital. ¿No nos han aconsejado todos los grandes maestros que nos preocupemos menos por la actuación del discurrir de la naturaleza y las fluctuaciones engendradas por la vida y la muerte, y más por la manera en que podemos contactar con la realidad de ese discurrir? La pregunta esencial no es saber si estaremos despiertos después de la muerte, sino saber en qué medida estamos despiertos mientras vivimos.

(The Theosophist, junio 1989. Le Lotus Bleu, junio-julio, 2011.)

Toda la naturaleza es un anhelo de servicio

Sirve la nube,
sirve el viento,
sirve el surco.
Donde haya un árbol que plantar,
plántalo tú.
Donde haya un esfuerzo que todos
esquivan, acéptalo tú.
Sé tú el que apartó
la piedra del camino,
el odio entre los corazones,
las dificultades del problema.
Hay la alegría del sano
y la del ser justo.
Pero hay, sobre todo, la hermosa,
la inmensa alegría de servir.
Qué triste sería el mundo
si todo en él estuviera hecho;

si no hubiera un rosal que plantar,
una empresa que emprender...

No sólo se hace mérito
con los grandes trabajos,
hay pequeños servicios;
adornar una mesa,
ordenar unos libros...
El servir no es faena
de seres inferiores.
Dios, que da el fruto y la luz,
sirve,
y tiene fijos los ojos
en nuestras manos
y nos pregunta cada día:

¿Serviste hoy?

Gabriela Mistral.

¿ES LA TEOSOFÍA UNA RELIGIÓN? (Parte 1)

H. P. Blavatsky

“La religión es la mejor armadura que el hombre puede tener, pero es su peor capa.”

Bunyan.

No es una exageración decir que nunca hubo -por lo menos durante el presente siglo- un movimiento social o religioso tan terrible y absurdamente mal comprendido, o sobre el que se hayan dicho más disparates que la TEOSOFÍA, independientemente de que ésta sea considerada teóricamente como un código de ética, o de un modo práctico en su expresión objetiva, como la Sociedad conocida por ese nombre.

Año tras año y día tras día, nuestros dirigentes y nuestros miembros han tenido que interrumpir a mucha gente y protestar de una manera más o menos insistente por referirse al movimiento teosófico como a una “religión” y a la S.T. como una especie de Iglesia u organización religiosa. Y lo que todavía es peor, a menudo se habla de ella como de una secta. ¿Será esto tal vez a causa de un prejuicio muy arraigado, o bien de un error, o quizá de ambas cosas? Lo más probable es que sea esto. La gente con una mente obcecada y que incluso son notables por su falta de buen juicio, andan en busca de un pretexto plausible,

de una percha en la que colgar sus pequeñas observaciones nada caritativas, y sus calumnias inocentemente pronunciadas. ¿Y qué pretexto es más sólido para este propósito y más conveniente, que un “ismo” o una “secta”? La mayor parte de las personas se sentirán muy dolidas al salir del error impelidas finalmente a aceptar el hecho de que la Teosofía no es ninguna de las dos cosas. El nombre les incomoda y pretenden no ser conscientes de su falsedad. Sin embargo también hay otras muchas personas, más o menos amistosas, que se encuentran sinceramente bajo el mismo engaño. A éstas les decimos que, desgraciadamente, no cabe duda de que ya han estado hasta hoy lo suficientemente sometidas a los extintores intelectuales conocidos como credos dogmáticos, para que ahora tengan que ser avasallados por una nueva forma de fe. En realidad, como dice Shakespeare, son demasiados los que llevan puesta su fe “sólo a la manera como se ponen el sombrero” cambiándolo siempre en cada esquina. Además, la verdadera razón de ser de la S.T., desde sus

comienzos, ha sido siempre expresar una gran protesta y declarar la guerra abierta contra los dogmas de cualquier creencia basados en una fe ciega.

Podrá resultar extraño y paradójico, y sin embargo es verdad, decir que, hasta hoy, los colaboradores más idóneos de la Teosofía práctica, sus miembros más entregados, fueron los que se reclutaron en las filas de los agnósticos y de los materialistas. Ningún investigador de la Verdad, sincero y genuino, se encontrará nunca entre los obcecados creyentes de la “Palabra Divina,” independientemente de que ésta pretenda llegar de Alá, Brahmá o Jehovah, o de sus respectivas Escrituras, el Corán, los Purânas o la Biblia, puesto que: “La fe no es una cuestión de razonamiento, sino del reposo de éste.”

El que cree en su propia religión por fe, considerará la de todo otro hombre como una falsedad, y la odiará debido a esa misma fe. Además de que esta fe aherroje la razón y ciegue por completo nuestra percepción de todo lo que está aparte de nuestra fe particular, ésta última no será en absoluto una fe, sino una creencia temporal, un engaño bajo el que nos encontramos en un momento determinado de la vida. Además, “la fe sin principios es sólo una expresión lisonjera para referirse a la tozudez absoluta o a las sensaciones corporales fanáticas,” según reza la definición de la inteligencia por parte de Coleridge.

Entonces, ¿qué es la Teosofía, y cómo puede definirse en su última presentación en la parte final de este siglo XIX?

Nosotros decimos que la Teosofía no es ninguna religión.

Sin embargo, según sabemos, existen

determinadas creencias religiosas, filosóficas y científicas que, en los últimos años, han llegado a estar tan estrechamente relacionadas con la palabra Teosofía, que han llegado a ser interpretadas como Teosofía por el público en general. También se nos dirá que esas creencias han sido educadas, explicadas y defendidas por aquellos mismos fundadores que han afirmado que la Teosofía no es una religión. ¿Cuál es, pues, la explicación de esa aparente contradicción? Y se nos pregunta. ¿cómo puede ser bautizado como Teosofía un determinado cuerpo de creencias y enseñanzas, en realidad una doctrina elaborada, y cómo puede aceptarse tácitamente como teosófica por nueve de cada diez miembros de la S.T. si no se trata de ninguna religión?

El objeto de la presente explicación es tratar de proporcionar la razón de esto.

Ante todo, tal vez sea necesario decir que la afirmación de que la Teosofía no es una religión, no excluye en absoluto el hecho de que ella es la religión en sí. Una religión, en el verdadero sentido de la palabra, es un lazo o vínculo que une a los hombres, y no un conjunto particular de dogmas y creencias. Ahora bien, la religión, en la acepción más amplia de la palabra [del latín *re-ligare*, volver a unir] es aquello que une no sólo a los hombres, sino también a todos los seres y a todas las cosas del Universo entero en un gran todo. Esta es nuestra definición teosófica de la religión; pero la misma definición vuelve a cambiar en cada credo y en cada país, y ni siquiera los cristianos la consideran del mismo modo. Esto lo encontramos en más de un autor eminente. Así es como Carlyle definió la religión protestante en sus días, con una notable visión profética

hacia este sentimiento siempre creciente en nuestro tiempo actual:

En su mayor parte, la religión es un sentimiento juicioso y prudente basado en un mero cálculo, un problema, como lo son todos los demás aquí, de conveniencia y utilidad, por el cual algún pequeño *quantum* de gozo terrenal puede intercambiarse por un *quantum* mucho más grande de gozo celestial. De esta manera la religión también es ganancia, un trabajo por un salario; no es un culto, sino una vulgar esperanza o temor.

Asimismo, la señora Stowe, conscientemente o no, parece haber tenido más presente al catolicismo que al protestantismo cuando dice de su heroína que:

Ella veía la religión como un boleto (con el número exacto de indulgencias compradas y abonadas), el cual, una vez comprado y guardado a comodidad en una agenda de bolsillo, hay que presentarlo a la entrada celestial y conseguir de ese modo la entrada en el cielo.

Pero para los teósofos (y estamos hablando de teósofos genuinos) que no aceptan un representante como mediador, ni una salvación mediante derramamiento de sangre inocente, y que tampoco pensarán nunca “colaborar por un salario” con la religión Úniversal Única, la sola definición a la que podrían adherirse y aceptarla plenamente, es la que da Miller. Éste la expone certera y teosóficamente, diciendo que:

La verdadera religión siempre es suave, benigna y humilde. No desempeña el papel de tirano, no implanta la fe con sangre, ni tampoco carga la destrucción sobre las ruedas de su carruaje; sino que se inclina para aliviar, socorrer y des-

agraviar, y establece su grandeza sobre el bien público.

Lo que antecede es una definición correcta de lo que es la verdadera Teosofía, o de lo que tendría que ser. Entre las creencias sólo el Buddhismo es una filosofía que une verdaderamente los corazones y los hombres, porque no es una religión dogmática. A este respecto, puesto que es deber y tarea de todo teósofo genuino aceptar y llevar a cabo estos principios, la Teosofía es religión y la S.T. es una Iglesia Universal; el templo de la sabiduría de Salomón (Salomón nunca fue un hombre viviente. Según está escrito en el *Libro de los Reyes*, su vida y sus obras son una alegoría de las pruebas y la gloria de la Iniciación.) Durante cuya edificación “no se escuchó en la casa ni un martillo, ni una hacha ni tampoco ninguna herramienta de hierro” (Reyes, vi 7); ya que este templo no está hecho por mano humana, ni construido en ningún lugar de la tierra, sino que, en verdad, se erige sólo en el santuario interior del corazón del hombre donde únicamente reina el alma despierta.

Por eso nosotros decimos que la Teosofía no es una religión, sino la religión misma, el lazo único de unicidad que es tan universal y omniabarcante, que ningún hombre ni la más remota partícula, desde dioses a mortales hasta los animales, la brizna de hierba y el átomo, ninguno de ellos puede permanecer separado de su luz. Por esta razón, cualquier organización o cuerpo con ese nombre ha de ser necesariamente una Fraternidad Universal.

Si fuera de otra manera, la Teosofía sólo sería una palabra más añadida a otros cientos de palabras parecidas, tan rimbombantes ellas, como carentes de

sentido. Considerada como una filosofía, la Teosofía, en su funcionamiento práctico es el alambique de la alquimia medieval. Transmuta lo que en apariencia no son más que metales inferiores de toda creencia ritualista y dogmática (incluido el cristianismo) en el oro de la realidad y de la verdad, creando de ese modo una panacea realmente universal para todos los males de la humanidad. Es por eso que cuando se solicita el ingreso en la Sociedad Teosófica, no se pregunta a qué religión pertenece uno, ni tampoco cuales son sus puntos de vista teísticos. Esta es una materia de su exclusiva privacidad y no le incumbe a la S.T. puesto que la Teosofía puede ser practicada indistintamente por cristianos, paganos, judíos, gentiles, agnósticos, materialistas, e incluso por un ateo con tal que ninguno de ellos sea un fanático intolerante que se niegue a reconocer como a un hermano a cualquier hombre o mujer fuera de su propio credo o creencia. Tolstoi, no cree en la Biblia, ni en la Iglesia ni en la divinidad de Cristo, y sin embargo ningún cristiano le supera al apoyar prácticamente los principios que se dicen predicados en el Sermón de la Montaña. Y estos principios son los de la Teosofía; no porque hayan sido pronunciados por Cristo, sino porque lo fueron asimismo por Budha, Confucio, Krishna, y todos los grandes sabios miles de años antes de que se escribiera el Sermón de la Montaña. Por eso, una vez que vivimos de acuerdo con semejante Teosofía, ésta se convierte realmente en una panacea universal, puesto que cura las heridas infligidas por las burdas aspe rezas de los “ismos” eclesiásticos, en el alma sensitiva de todo hombre religioso por naturaleza. ¡Cuántos de aquellos que

por impulso reactivo a la decepción en la estrecha área de la creencia ciega y que se habían sentido impelidos violentamente hacia las filas de la árida incredulidad, han sido traídos de vuelta a una aspiración llena de esperanza, por el simple hecho de haber ingresado en la S.T. ¡a pesar de lo imperfecta que ésta pueda ser!

Si, en contrapartida a esto, se nos recuerda que varios miembros destacados han abandonado la Sociedad decepcionados de la Teosofía igual como lo han estado de otras asociaciones, esto no nos perturba. Puesto que, con muy pocas excepciones, en la primera etapa de las actividades de la S.T., cuando algunos se fueron porque no encontraban un misticismo práctico en el Cuerpo General según ellos lo entendían, o bien por el hecho de que “los líderes carecían de espiritualidad, eran antiteosóficos y por consiguiente infieles a las reglas,” la mayoría se fueron porque casi todos ellos o bien eran indiferentes o bien tenían una opinión de si mismos demasiado exagerada -una iglesia y un dogma infalible en ellos mismos. Algunos se fueron con pretextos realmente superficiales, por ejemplo, “porque el cristianismo, es decir el estamento eclesiástico o el falso cristianismo, era tratado con demasiada severidad en nuestras publicaciones -¡cómo si otras religiones fanáticas hubieran sido alguna vez tratadas mejor, o hubieran sido mejor defendidas! Por eso, todos los que se fueron hicieron bien en hacerlo y nunca se han echado de menos.

También hay que añadir lo siguiente: el número de los que se han ido difícilmente puede compararse con el número de los que han encontrado en la Teosofía

todo aquello que anhelaban. Si las doctrinas teosóficas se estudian concienzudamente estimulan el poder del propio razonamiento y despiertan la parte interna del hombre-animal, haciendo que aflore todo el potencial para el bien, potencial que, hasta entonces, estuvo adormilado en nosotros, así como también haciendo que asomara la percepción de lo verdadero, de lo real, en contraposición a lo falso e irreal. Al descorrer con mano experta el pesado velo de la letra muerta en la que toda antigua escritura religiosa se ocultaba, la Teosofía científica, versada en el simbolismo sutil de las edades, revela al que se ríe de la Sabiduría Antigua, el origen de todas las creencias y ciencias del mundo. La Teosofía abre una nueva panorámica más allá de los antiguos horizontes de las creencias despóticas, fosilizadas e inamovibles, haciendo que la fe ciega se convierta en un conocimiento razonado basado en la ley matemática -la única ley exacta- que se muestra bajo aspectos de los que se había prescindido como un cuento para niños, repelidos por la forma tosca de su letra muerta. La Teosofía proporciona un objetivo claro y bien definido, un ideal por el que vivir, a toda persona sincera, sin importar cuál sea su situación en la sociedad, ni su grado de cultura, ni su capacidad intelectual. La Teosofía práctica no es una ciencia, sino que abarca toda ciencia en la vida moral y física. En resumen, muy adecuadamente, puede considerarse como la “entrenadora universal,” como la tutora del conocimiento y la experiencia mundiales, y con una erudición que no sólo ayuda y orienta a sus seguidores hacia un examen exitoso en todo servicio científico y moral de la vida terrestre, sino que los

capacita para las vidas futuras, tan sólo con que esos seguidores quieran estudiar el universo y sus misterios dentro de sí mismos en lugar de estudiarlos solamente a través de los anteojos de la ciencia y de las religiones ortodoxas.

Que ningún lector interprete erróneamente estas afirmaciones. Es sólo respecto a la Teosofía *per se*, que se reclama semejante omnisciencia universal, y no hacia ningún miembro de la Sociedad, ni tan sólo hacia alguien que actúe teosóficamente. Las dos, la Teosofía y la S.T. -igual que la olla y el potaje que ésta contiene, no tienen que confundirse entre ellos. La una es como el ideal, la Sabiduría Divina, la perfección en sí; lo otro, el potaje, es una cosa imperfecta que trata de deslizarse hacia abajo, si no es que lo hace dentro de sus sombras en la tierra. Ningún hombre es perfecto, ¿por qué, pues, deberíamos esperar que todo miembro de la S.T. sea un paradigma de todas las virtudes humanas? ¿Y por qué criticar a toda la organización y culparla por los fallos, sean reales o imaginarios, de algunos de sus asociados, o hasta de sus líderes? La S.T., como una corporación concreta, nunca ha estado libre de culpa o de pecado -*errare humanum est*- como tampoco lo ha estado ninguno de sus miembros, la mayoría de los cuales no admitirían ser guiados por la Teosofía. Ella es el alma de su Sociedad, siendo esta última el cuerpo tosco e imperfecto de la primera. De aquí que, a los modernos Salomones que quieran sentarse en el sillón del tribunal para hablar de lo que desconocen, antes de calumniar a la Teosofía o a cualquiera de sus seguidores, les invitamos a que conozcan primero a ambas partes antes de llamar ignorantemente a

la una “fárrago de creencias locas,” y a la otra “secta de impostores y lunáticos.” (Continuará en el próximo número).

(*Lucifer*, Vol. III, nov. 1888, pp. 177-187. *Collected Writings*, vol. X, pp. 159-174.)

VIVIR EN BENEFICIO DE LA HUMANIDAD

Marc Vernet

¿Cómo vivir hoy y mañana en beneficio de la humanidad?

¿Cómo vivir para que nuestra inversión presente sirva en beneficio inmediato de la humanidad?

La humanidad sabe lo que necesita a cada momento para su propio beneficio.

El hombre y la mujer saben, por naturaleza, cuales son sus propias necesidades.

Estos Seres de la humanidad han nacido a imagen del Universo, son de esencia infinita.

El Hombre siempre se ha esforzado para vivir su propia epopeya, su propia vida extraordinaria.

¿Cómo hacer que sea consciente de lo maravilloso que en él mora?

Vivir en beneficio de la humanidad es un gen que corresponde al hombre desde el nacimiento.

El hombre ha nacido para un trabajo Universal en beneficio de todos.

¿Por qué no deberíamos emprender la actuación más natural para nosotros?

Durante todas las épocas, el Hombre ha sido educado por sus padres. Está sometido a la educación y a la evolución.

Incluso si el hombre fue criado lejos

de todo contacto humano, la naturaleza misma lo educará.

Su auto-educación es tan innata como vital, también es un gen que le pertenece.

Gracias a los Ancianos vive con los beneficios de sus logros —que le ayudan en su evolución física, social y espiritual.

Grandes Hermanos nos han adelantado.

Maravillosos Grandes Hermanos nos han servido de faro para nosotros “los hermanos pequeños,” para no vivir a expensas de la humanidad sino en su beneficio.

Vivir en beneficio de la humanidad es una panacea, un remedio universal para todas las enfermedades.

Es una actuación que libera al hombre de toda influencia, que le hace ganar su libertad.

Nosotros, ¿somos libres?

Nuestros límites más grandes son de orden conceptual.

¿Podemos todavía soportar vivir prisioneros de nuestros conceptos personales?

He aquí uno de los capítulos del tra-

bajo que tenemos que hacer para vivir en beneficio de la humanidad.

Olvidando el desánimo, la agitación, el orgullo, la curiosidad, la ofensa, la vanidad, la mezquindad, la irritabilidad, la indolencia, el desorden, la fealdad, la contrariedad, la agresión y el odio.

Pero en la fe y la voluntad, con la bondad y la paz serviros del respeto y la cortesía.

En abnegación, el amor, la simpatía, la compasión.

En el trabajo y la benevolencia con el humor y la verdadera salud.

En la aspiración, la fuerza y el silencio para animar, advertir y ayudar.

Siempre dispuestos a servir buscando la ocasión y creándola para hacerse útil.

Aumentando en si el afecto, la tolerancia, la comprensión, la ayuda, la risa y la alegría.

Recuperando la confianza en uno mismo, la felicidad y el espíritu de familia.

Con la belleza, el aseo corporal, la actitud y la humildad. Comprendiendo las leyes de la naturaleza y viviendo en armonía con ellas.

En el bienestar, la prosperidad y el progreso, tanto espiritual como físico.

Recordemos que está escrito de nuestro gran modelo: “Él fue haciendo el bien por todas partes.”

(Los Maestros y el Sendero, C.W. Leadbeater.)

Aplicar estos consejos aporta felicidad.

Ayudarse a si mismo a descubrir el universo de serenidad y belleza que reside en uno mismo,

En el respeto de todas las cosas y de todos los Seres,

En el respeto del yo, de su propia intuición, de su propia sensibilidad,

En la búsqueda de la confianza en uno mismo.

Vivir uno mismo feliz es beneficioso para todos.

Ser feliz nos permite recorrer el Universo,

Estar en el calor del Universo nos induce en el corazón de la Vida.

(Extractos. Escuela de Verano de los Países Latinos. Agosto 2003.)

ACTIVIDADES

RAMA RAKOCZY

Lunes 12 y 26 - Grupo de Meditación Activa y Ritual Dévico. -19- O.T.S. Ritual de Sanación.

Miércoles 14 - Curso de Meditación. -21- Meditación a cargo de J. L. Fernández. Estudio grupal sobre la Voz del Silencio. -28- Meditación a cargo de F. Béjar. Estudio grupal sobre la Voz del Silencio.

Seminario: El Karma. 7, 8 y 9 de Octubre de 2011. Los Molinos. (Madrid)

RAMA VIVEKA

Sábado (a las 17:30) -3- El sentido de la responsabilidad. Jesús Jurado. -17- Los siete rayos en el cosmos y en el hombre. Clarisa Elósegui.

2º domingo - (a las 12h.) O.T.S. Ritual de sanación.